

Ante la Muerte de un Policía, Menos vestiduras rotas

Se nos acerca semana santa y Chile un país predominantemente cristiano y católico, no dejará de celebrar dicha festividad con una serie de liturgias, además de la oportunidad para descansar y entregar al comercio una buena oportunidad de hacer frente al complejo escenario económico que atraviesa el mundo en general.

Sin embargo y en menos de un mes, dos funcionario(a)s de Carabineros de Chile en el ejercicio de sus funciones han sido asesinados de forma brutal y despiadada.

En la antigua era cristiana, un grupo de sacerdotes llamados Fariseos, se atribuían la representación de Dios en la tierra. Dirimían y acordaban con el gobernante de turno una serie de lineamientos no tan solo religiosos, sino también políticos. Es más, a estos religiosos se les otorga la responsabilidad de la crucifixión y muerte de Jesús. Esto en virtud a la amenazante figura política y religiosa que ostentaba él como un alborotador de multitudes, un líder que venía a cuestionar el orden existente y proponer una nueva forma de vivir. Eso en términos muy simples sin siquiera esbozar la representación que hasta nuestros días ejerce Jesús en el mundo occidental contemporáneo.

Ahora bien, mi interés no es abrir un debate religioso, menos doctrinal de la figura de los fariseos, sino más describir una acción que estos adoptaban al momento de enfrentarse a situaciones límites, dolorosas o trágicas. Estos, frente a sus miembros rasgaban sus vestiduras como una señal de constrictión, aun cuando en variadas oportunidades esta acción era más bien una señal política más que una verdadera emoción.

En la actualidad y ya sin fariseos, nuestra sociedad chilena a diario es testigo de hechos de connotación pública que nos estremecen, injusticias sociales, crímenes y crisis en las diversas esferas de la sociedad nos hacen presenciar a distintas figuras políticas que ocupando los diversos medios de comunicación y plataformas sociales rasgan sus vestiduras con grandilocuentes discursos centrados en la condena tajante a los hechos que nos afectan y a la repetitiva fórmula del control punitivo como única medida frente a la crisis de seguridad que nos afecta.

En ese mismo orden de ideas, la crisis en la seguridad pública y ciudadana es sin lugar a dudas una de las discusiones centrales no tan solo en el espectro político, sino por sobre todo entre la propia ciudadanía. Surgen constantes voces que orientan el diagnóstico a la

deficiente articulación del sistema de justicia a las leyes generadas por parte del poder legislativo, a la laxitud del sistema penitenciario y a la prácticamente inexistente política de reinserción social. Sin embargo, es bueno hacerse esta pregunta

¿Existe realmente una preocupación por parte del poder político en atender el problema desde su base o es tan sólo una demostración ante la opinión pública en una suerte de afectación sin mayores acciones?

Debemos inevitablemente mirar la experiencia y la historia de otros países, y no precisamente la de países europeos a la hora de abordar con seriedad el problema que nos afecta. Si bien nada regresara a la vida a una persona, ni el consuelo llegara a sus hijos y familias. Si es posible avanzar a una reorganización de la política pública en materia de seguridad, la cual nos permita como sociedad avanzar de forma integral a una solución de mayor impacto y sostenible en el tiempo.

De esta forma, la tentación mediática de la política de forma transversal es prometer bajo una lógica de populismo punitivo un mayor control, el cual se traduce en la práctica en el aumento de efectivos policiales, leyes más severas, condenas de mayor cuantía, dejando de lado con aquellas propuestas el verdadero origen de la delincuencia. El cual yace a juicio del autor del presente artículo entre otras variables de orden político y económico, en la desesperanza aprendida de un sector que se ha visto fragmentado y sin reales oportunidades frente a la oferta desmedida del narcotráfico, el crimen organizado y la delincuencia habitual. Una subcultura que a diario ofrece a cientos de niños, niñas y adolescentes una alternativa en la comisión de diversos delitos bajo la premisa de la oportunidad que les otorga un mercado ilegal en la venta de drogas, en la reducción de especies, en la exportación ilegal de vehículos a países vecinos y porque no decirlo en explotación sexual de inmigrantes ilegales, cuya alternativa representa el status y el poder adquisitivo que el sistema formal no les proporcionará, o al menos no sin antes cumplir con las formalidades para las cuales no están preparados.

Como conclusión, A Chile ya no le sirve el continuo lamento de las autoridades públicas y políticas frente a hechos que afectan la integridad física de personas inocentes.

Chile requiere de líderes que accionen desde la política pública cambios radicales a la forma de abordar el problema de la **INSEGURIDAD**, un golpe de timón a los añejos paradigmas de la comprensión del fenómeno de la delincuencia. Ya no basta tan sólo con mano dura, que por cierto es vital en todo proceso social para mantener el orden y la paz social, sino también de una comprensión integral que aborde todos los vértices de esta compleja realidad que hoy nos atraviesa y que tiene como resultado una sensación de desborde y descontrol frente

al orden y el control social, que dicho sea de paso no tan sólo es atribuible a la migración descontrolada y la crisis post estallido social.

No normalicemos el dolor, ni el horror ante la muerte de un policía, condenemos transversalmente el hecho, pero con mayor energía quebreemos el paradigma del control como la única alternativa frente al abordaje de la delincuencia....

Daniel Ojeda Bautista, Asistente Social (UV), Mg. Dirección Pública (PUCV), Doctorando en Ciencia Política (UNC Arg.)
